

II. INÉDITOS DE PEDRO COBOS

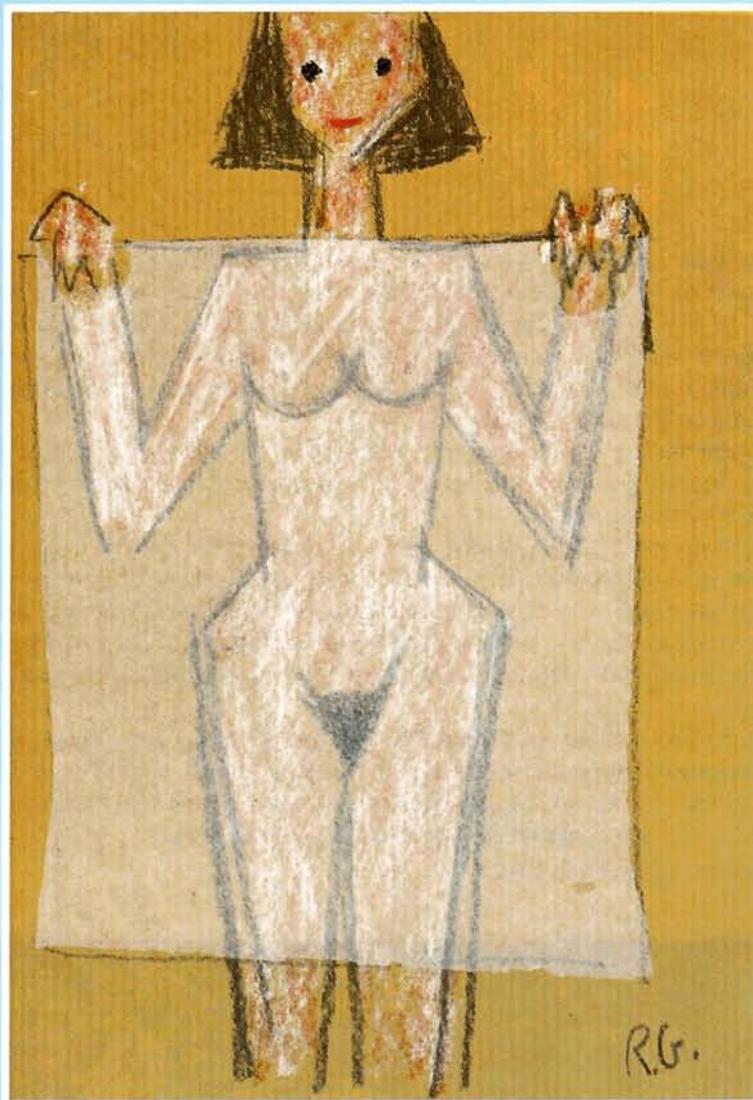


Ilustración de Ramón Garza

¡CIEZA LIBRE!

I

Cuando el sultán le dijo a doña Ana —entonces señorita Anita— ven aquí, morena, que te voy a enseñar mi colección de sellos, en seguida comenzó a sospechar, entre otras razones,

porque en 1725 no existían sellos, se entien- de postales. Pensando que era un ardid para arrastrarla a su gabinete, no supo ni desma- yarse o arriesgarse a entrar por su pie en aquel nido de perdición: de las dos maneras se exponía al impúdico toqueteo del terrible turco. Sola ante el peligro y sin más defensa que la barrera del corsé, optó por conservar su sangre fría y no rendirse en estado de

privada, todo dependía de la resistencia del corsé. Señorita peregrina a los Santos Lugares, tampoco se iba a dejar amilanar por naufragio más o menos y haber sido rescatada para la esclavitud por galera del sultán. Llevada a palacio, mucho le sorprendió de entrada jenízaro viejecito que le contó haber sido en tiempos hermosa favorita cubierta de pedrería, por capricho del demonio o del destino reducido —en clases pasivas ya— a condición lamentable. “¡Derroca al demonio y vencerás!”, fueron las últimas palabras del anciano, ni una más pudo agregar, la garganta abierta por puñal de espía.

Ríos de oro gastaba el demonio en pagarles, ellos sublimada ya la vocación y discurridos mil engaños con ayuda del vestir, unas veces de tortuga, otras de perrillos falderos, las más de moscas, a ver quién iba a recatar conversación por haber mosca presente, muy quietos en un rincón el oído atento y no molestar por no morir aplastados y acabar de mal golpe su carrera. Nombrado gran visir y mantenido en el cargo, que es lo difícil, blanda arcilla fue en sus manos la voluntad del sultán, vilano al viento que él soplara. Y puesto el ojo en las víctimas del naufragio, derecho se le fue a la hirsuta virtud de la señorita, aguerrida peregrina a los Santos Lugares sin más defensa material que la coraza del corsé, pieza capital en su historia.

Babeaba el sultán de rijo y grasa, ciegucecito del venéreo ante el bocado que Satanás le ofrecía; palpataba el corazón de la víctima como pájaro sorprendido en sueños; estiraban sus cuellos los espías-garzas de los estanques, testigos de su maestría, destreza y habilidad con otras cautivas, esto es, rendición incondicional y voluntaria o cerco de atenciones y a esperar que abriera el portillo la sitiada, exquisita estrategia inglesa impuesta por lady Arbuthnot, camarera de Madama Enriqueta María, distinguidísima señorita francesa hermana de Luis XIII y más tarde reina de Inglaterra, Escocia e Irlanda por matrimonio con su Majestad Carlos I al que terribles discusiones con el Parlamento y Cromwell llevaron a perder la cabeza en Charing Cross, nada de por un decir, sino por tajo de hacha. Madama Enriqueta, que se

presentó con 440 personas católicas de séquito, pronto las vio deportadas por el marido, tan interesado en reducir gastos y papistas. Puesta bajo los cuidados de lady Arbuthnot, dama de la Protesta e insoportable fisgona, poco tardó en autorizar su peregrinación a Tierra Santa con el secreto deseo de abordaje turco u horrible naufragio que la alejaran para siempre de sí. Cumplidas las esperanzas reales en cuanto a abordaje y cautiverio, firme puso al harén enseñando buenos modos y maneras de brillar en sociedad, tan agradecido el sultán que se casó con ella, y por pillarle ya cuarentona, madre de un solo hijo, príncipe trilingüe —turco, francés e inglés— luego sultán del Imperio Otomano que enseñó idiomas en sus ratos libres, ingleses y franceses encantados con los primeros embajadores turcos a los que entendían, tratados comerciales, fin de guerras y firmas de paz floreciendo sin el menor esfuerzo, errores y entuertos deshechos al hablar todos un idioma.

Antes, mi bella gacela —ilustraba el sultán a doña Ana— como no entendían nada, preguntaba el rey de Inglaterra al embajador: Entonces queréis la guerra, ¿no?, y el embajador respondía sonriendo: oh, yes!, creyendo que lo invitaba a almorzar y Su Majestad y cortesanos admirados de su cinismo y sangre fría, a nadie habían visto declarar la guerra con tan exquisitos modos y sonrisa.

Andando el tiempo, genes otomanos y genes ingleses de su bisabuela a Arbuthnot —tan coincidentes en su apego a la traición, el patrón oro, la piratería, los caballos, la tradición y el espectáculo— establecieron sólido equilibrio estable en la persona del sultán, el único inconveniente Luzbel elevando a negocios de Estado vulgares cominerías en su cargo de visir.

—¿Le dio la mosca mi recado, Majestad?

—No sé; ¿qué recado?

—Que han votado la acción directa.

—¿Qué acción?

—La de darle veneno resolutivo a Su Majestad, la española en el encargo. ¡Quieren repetir Lepanto!

El sultán despachó al visir e hizo firme promesa de que nada de nada por vía oral.

Después —su fina sensibilidad inglesa en cada poro— preguntó a doña Ana cómo podría hacerla feliz.

—Pues de momento, yo en ese diván y usted sentado a la turca al pie, distancia mínima dos metros; después, ya veremos. Y mientras me distrae con bellos cuentos, ni entrar al gabinete el gran visir. ¿Hace?

—Hace —respondió el sultán, las piernas cruzadas, jarra y vaso como los oradores al alcance de la mano y el “después ya veremos” de doña Ana flotando melancólico y lejano por los artesonados de su gabinete de perdición—. ¿Y de dónde dijiste que eras?

—De Cieza, Majestad.

—Pues allí situaré mis historias, siempre te sonarán más familiares.

El sultán psicólogo y hombre de inmensa cultura, leyó en los ojos de la gacela que mejor entendería Abarán que Samarcanda, Roque que Sahariyar, y Felipe V de Borbón —segundo reinado— que Atarjerjes Longimano, nombre que oiría por primera vez. Reclinada en el diván hasta donde corsé y recato permitían, entornó los párpados, las largas y sedosas pestañas cosquilleando en el alma del sultán. Fue el momento decisivo de la tentación, todo tiene su momento decisivo, su décima de segundo para arrancarle el corsé por la fuerza gozando de aquellas carnes que ni agua, sol o aire habían tocado, o su décima de segundo para la renuncia, ya caería cuando estuviera madura, diplomática máxima inculcada a la familia por lady Arbuthnot. Se decidió por la máxima.

Y cuando fue la primera noche, respiró hondo el sultán, hondo y pausado como las señoritas que hacen gimnasia, y comenzó a largar trapo, nueva Sahrazade por amor, bien sabía él que a las mujeres se les conquista por labia, por cartera, por bragueta o por cara, nunca por lo derecho, siempre por lo retobado y artero, y por labia decidió el asalto, mujeres de acero cayeron derretiditas calentándoles la oreja.

—Me he enterado, ¡oh gacela feliz!, que supo recoversa de Ricote de mozo ciezano tirador de barra, hombre casado por más señas, y habiéndolo visto en las ferias de

Abarán, se enamoró perdidamente como burra. Ya conoces lo que dijo el poeta: Cuando la mujer se enamora, late su corazón con el deseo del onagro.

Como doña Ana —entonces señorita Anita— en su vida había oído tal palabra, recabó información dispuesta a pararle los pies si era obscena, el sultán bastante contrariado con la interrupción, ella expectante y la explicación tranquilizadora.

—Pues onagro es asno salvaje.

—Entonces se enamoraría como una onagra.

—No señora, que onagra es arbusto de las onagrarieas, plantas dicotiledóneas cuyo tipo es la fucsia de hermosas flores rojo oscuro que nada tienen que ver con asnos silvestres y no vuelva a interrumpirme más u olvido la educación de lady Arbuthnot y le corto aquí mismo la cabeza.

—¡Grosero! —se grifó doña Ana en la cama turca. Era palabra muy empleada por señoritas.

El sultán soltó la empuñadura del alfanje y quedó encantado ante semejante potra. Acostumbrado al amor reverencial de sí señor, lo que usted mande tal como si compartiera lecho con servidores o ministros, iba a encontrar por fin dura batalla, sudores y jadeos, él vencedor y loquito de placer como sus primeros los sefevíes, tampoco iban a ser todo pavanas de lady Arbuthnot, bien mirado, mero accidente dinástico.

Doña Ana, sin atreverse a interrumpir de nuevo, hipaba cerúlea entre damascos apartando de sus narices vaharadas de hachís.

—Y abierto el puesto de la recova, acudió la mujer del mozo a comprar gallina molineira, delante de todos la pagó. Y vuelta a su casa, vio cómo se le convertía en gorrión, con vinagre a las sienes y tragos de agua de azahar la volvieron las vecinas del soponcio, el gorrión revoloteando por la habitación y el gato dando saltos que lo alcanzaba, Josefa, hija, sujeta a ese animal tú que estás más ligera, la Josefa encaramada a lo alto de una silla hasta perder pie, gritando todas, el marido de la Josefa con cubos de agua por creer que era incendio, ellas sin dejar de ...